

MARIO MENDOZA

EL
MENSAJERO
DE
AGARTHA



ZOMBIS

DESTINO

MARIO MENDOZA

EL
MENSAJERO
DE
AGARTHA

ZOMBIS

ILUSTRACIONES

BOOK AND PLAY STUDIO

DESTINO



C A P Í T U L O 1

EL FANTASMA DE LA ABUELA

Me llamo Felipe Isaza. Nunca he sido un niño muy normal que digamos. Mis compañeros de colegio cumplen con sus obligaciones, se ríen, juegan en los recreos, hacen las tareas y pasan las vacaciones con sus papás muy contentos. Yo hago más o menos lo mismo, pero me gusta irme de la casa a ratos, cuando nadie se da cuenta, y me siento por ahí en el parque, en la panadería, o simplemente pedaleo en mi bicicleta hasta que ya no puedo más y tengo que regresar. Porque hay algo de lo que nunca he hablado con nadie: que la vida en mi casa es un infierno.

Antes vivíamos en un barrio que se llama Castilla, al occidente de Bogotá. Ahora estamos pasando una temporada en la casa de mi abuela materna, en Chapinero, abajo de la avenida

Caracas. Mis papás están construyendo una casa al norte y mientras la terminan decidieron que lo mejor era instalarnos donde la abuela unos meses. Ella es viuda. Mi abuelo murió antes de que yo naciera. Pero ese no es el problema. El lío es que ellos, mis papás, no hacen sino pelear todos los días, por una cosa o la otra. A veces no se dicen nada y pueden pasar días enteros sin hablarse. Es horrible. Uno se sienta a almorzar o a comer con ellos, y es como si no se vieran, como si cada uno estuviera en un universo separado, aparte. Me hablan a mí, pero no se hablan entre ellos. Es un ambiente tenso, aburrido, como si a cada segundo estuviera a punto de caer una bomba y el mundo se fuera a acabar.

Hay otras temporadas en que si uno se despierta en la noche y pone cuidado, los puede escuchar discutiendo, levantándose la voz y disgustados siempre el uno con el otro. El otro día descubrí incluso que no estaban durmiendo juntos. Papá había arrojado un colchón al suelo, se había conseguido un par de cobijas no sé dónde, y estaba durmiendo en una esquina de la habitación.

Tal vez esa sea la razón por la cual me gusta encerrarme en mi cuarto y estar solo, o salir por ahí a buscar lugares escondidos de la ciudad donde nadie me moleste ni me determine. Es triste ver cómo tus papás son un par de enemigos que se odian cada día más. Como no tengo hermanos, no tengo con quién compartir esa desdicha. No sé cómo hicieron para tenerme a mí, si se supone que un hijo debe ser fruto del amor y no del odio. En fin.

Lo que quiero contar, en verdad, no es esto, sino que yo no me parezco a mis demás compañeros de colegio. Yo presiento



otros mundos que ellos desconocen. Hace unos meses me leí un libro increíble sobre una bruja que vivía en una montaña sola y que desde allí se dedicaba a enviarle maleficios a la gente del pueblo, que vivía abajo, en un valle. Unos días después, montando en bicicleta por Chapinero alto, encontré una casa que se parecía mucho a la descripción del relato. Me hice al frente unos minutos. Y de repente, en una de las habitaciones del segundo piso, se corrió una cortina y pude ver a una mujer vestida de negro que echaba un vistazo a la calle, fastidiada, como de mal genio. Tenía el cabello negro recogido atrás en una larga trenza y sus manos estaban cubiertas por unos anillos que brillaban en la penumbra de esa alcoba misteriosa. Su mirada era penetrante, agresiva, como dispuesta en cualquier momento a castigar o a herir al primero con el que se tropezara. Me subí sobre mi bicicleta y salí despavorido de allí.

Otro día leí un cuento llamado *Canción de Navidad*, donde aparecía un tipo amargado y tacaño llamado el señor Scrooge. Enseguida me tropecé con una casa antigua que parecía camuflada entre unos árboles junto a la Universidad Nacional. Era la época de las vacaciones de diciembre. Daba la impresión de que durante años nadie la hubiera habitado. El pasto estaba crecido, las paredes tenían una pintura descolorida y todo el almacén parecía como si en cualquier momento se fuera a ir abajo. Y lo increíble es que una tarde estaba mirando los alrededores, vigilando a ver quién diablos vivía allí, cuando se abrió la puerta y apareció en el umbral un hombre viejo, de barba blanca, con el ceño fruncido y vestido con un abrigo sucio y desaliñado.



—¿Se le ofrece algo, jovencito? —me dijo sacando de repente y de manera amenazante un bastón que, seguramente, mantenía escondido detrás de la puerta.

—No, señor —dije tartamudeando de miedo.

—Y entonces, ¿qué está haciendo aquí?

—Me preguntaba si quisiera usted colaborar con algún regalo de Navidad para los niños pobres —dije improvisando lo primero que se me ocurrió.

—¡Qué Navidad ni qué ocho cuartos! —gritó enfurecido—. Si quiere regalos trabaje y cómprelos usted mismo, jovencito.

—Sí, señor —murmuré mientras me subía en mi cicla y huía hacia la calle.

Unas cuabras más allá me detuve y me sonreí. ¡El señor Scrooge existía de verdad y solo yo sabía dónde estaba su casa! ¡Increíble! Los escritores no inventaban nada, solo nos contaban historias que se repetían una y otra vez a través de los tiempos. Y en este caso, el señor Scrooge se había materializado en una casa escondida en Bogotá, en una calle desierta, entre unos matorrales sin cuidar y un césped sin podar.

Así me sucedió infinitas veces. Bastaba que yo leyera algo o viera alguna película que me gustara mucho, para que a los pocos días o semanas me tropezara con una versión de esos mismos personajes y esa misma historia en las calles de mi ciudad. ¿Por qué pasaba eso? ¿Por qué la realidad parecía desdoblarse de esa manera tan extraña?

Me di cuenta también de que los adultos no percibían lo que yo percibía. Ellos viven atareados, siempre corriendo de aquí para allá, trabajando, haciendo vueltas, como dicen ellos (como si giraran sin parar alrededor de lo mismo), y parece



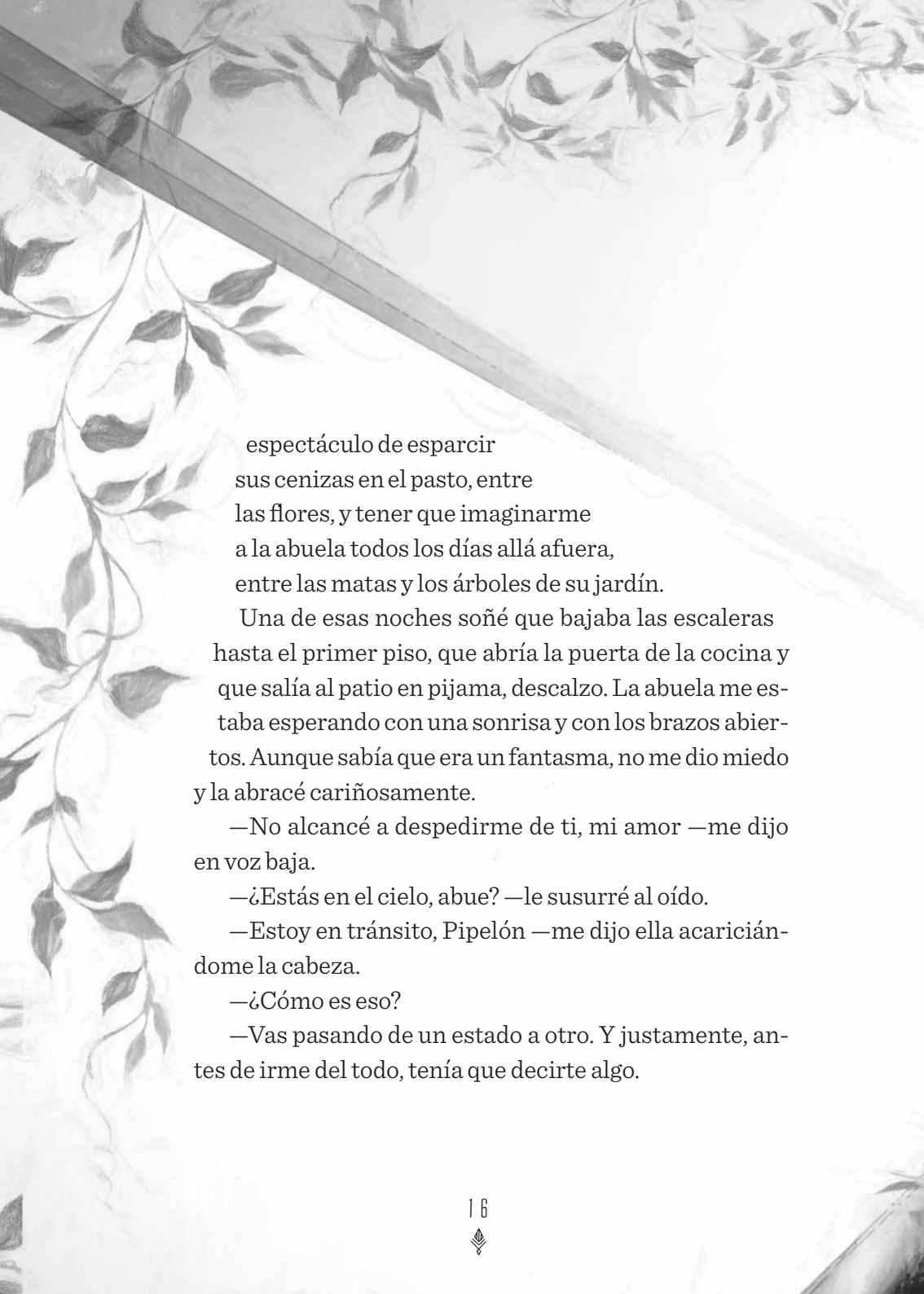
que fueran ciegos y sordos. Incluso los maestros del colegio son así: lo miran a uno por encima del hombro, como si el hecho de ser un niño lo convirtiera a uno en tonto o despistado. Y es al revés: son ellos los que no ponen atención a esa realidad plegable, maleable, llena de sorpresas.

Una noche me despertó un alboroto en la casa. Escuchaba gritos por las escaleras y mi mamá lloraba sin parar. Me levanté y salí a averiguar qué estaba pasando. Era mi abuela, que acababa de sufrir un infarto. Se había quedado semiinconsciente y, cuando la encontraron en su cama, ya estaba amoratada y casi sin respirar. Unos paramédicos estaban bajando su cuerpo en una camilla para subirlo a una ambulancia.

Nos vestimos con rapidez y nos fuimos para la clínica. Mis papás estaban tensos, nerviosos, y mi mamá lloraba sin parar. Media hora después apareció un médico y nos comunicó que la abuela ya había llegado muerta a la clínica. No había nada que hacer. Llegó el hermano de mi mamá, el tío Pablo, que es profesor en la Universidad Nacional, y procuró consolarla diciéndole que una muerte rápida era lo mejor que le podía pasar a uno. El tío me encanta, es un buen tipo, estudió Historia y Arqueología, y se la pasa viajando e investigando siempre cosas raras. Él y mi papá se saludan amablemente, pero nunca han sido buenos amigos. Son los polos opuestos. Mi papá quedó huérfano desde joven, es hijo único y por eso no tengo parientes cercanos por el lado de él.

Velamos a la abuela en una funeraria y, al día siguiente, la cremamos en un cementerio al norte de la ciudad y esparcimos sus cenizas en el patio de su casa, que era donde ella quería permanecer. A mí me pareció un poco tétrico ese





espectáculo de esparcir
sus cenizas en el pasto, entre
las flores, y tener que imaginarme
a la abuela todos los días allá afuera,
entre las matas y los árboles de su jardín.

Una de esas noches soñé que bajaba las escaleras
hasta el primer piso, que abría la puerta de la cocina y
que salía al patio en pijama, descalzo. La abuela me es-
taba esperando con una sonrisa y con los brazos abier-
tos. Aunque sabía que era un fantasma, no me dio miedo
y la abracé cariñosamente.

—No alcancé a despedirme de ti, mi amor —me dijo
en voz baja.

—¿Estás en el cielo, abue? —le susurré al oído.

—Estoy en tránsito, Pipelón —me dijo ella acaricián-
dome la cabeza.

—¿Cómo es eso?

—Vas pasando de un estado a otro. Y justamente, an-
tes de irme del todo, tenía que decirte algo.





—Dime, abue.

—Vas a ser un mensajero. Es una labor muy importante. Pronto te contactarán y a través de ti enviarán unos mensajes muy valiosos.

—¿Quién me va a contactar?

—Ya lo sabrás. Lo importante es que no te vaya a dar miedo y que comprendas la importancia de tu misión.

—¿Y mensajes para quién?

—Para todos, mi amor, para todos... Ahora sube a acostarte porque mañana tienes que madrugar a estudiar... No olvides que siempre te voy a querer...

Y la abuela empezó a desvanecerse poco a poco hasta que se hizo aire. Yo subí y me metí en mi cama, en la cual desperté a los pocos segundos. Estaba amaneciendo y las palabras de la abuela aún retumbaban en mi cabeza.



